

EL CAMINO DE LA CRUZ VIA CRUCIS

PRIMERA ESTACIÓN

Jesús condenado a muerte.

"Tú lo has dicho: yo soy Rey; pero mi reino no es de este mundo". (Juan,18, 36-37)

El camino de la Cruz comienza con la escena de Jesús en el Pretorio, ante el gobernador romano Poncio Pilato. En los tiempos de Jesús, Palestina estaba sometida al imperio de los césares. Roma usaba con sus dominios una política muy hábil. Les cobraba los impuestos y se reservaba para sí ciertas supremas prerrogativas, pero trataba de no lastimar más de lo necesario el orgullo nacional, dejándoles el libre ejercicio de su religión, sus leyes y sus autoridades.

El proceso contra Jesús era un asunto de carácter religioso, completamente ajeno al interés de Roma. Jesús es acusado de blasfemia, porque se dijo Hijo de Dios, el Sanedrín, supremo tribunal religioso de los judíos, lo declaró reo de muerte. Pero la ejecución de la pena capital era una de aquellas prerrogativas que Roma se había reservado; por eso, para lograr su objeto, los escribas y fariseos hubieron de hacer comparecer a Jesús ante el tribunal del gobernador romano confesando humildemente: "A nosotros no nos es lícito ejecutar a nadie" (Juan, 18, 31). A un pagano escéptico, como Poncio Pilato, representante de un imperio político en cuyo Olimpo cabían cómodamente todos los dioses imaginables, no le podía almar gran cosa el que un judío se declarara "Hijo de Dios"; de aquí que los enemigos de Jesús cambiaran de táctica, y, convirtiendo el proceso religioso en un proceso político, lo acusaron ante Poncio Pilato de agitador del pueblo y de perturbador de la tranquilidad pública (Lucas, 23, 5). Tampoco esto convencía mucho al gobernador romano, que se inclinaba evidentemente por la inocencia del presunto reo; por lo cual, los escribas y fariseos echaron mano a una acusación suprema, bien que ella les significara la confesión más humillante para su orgullo nacional: "Nosotros –gritaron aquel día a voz en grito– no tenemos otro Rey más que el César. Este dice que es Rey, y todo el que se hace Rey se declara contra el César; por eso, si sueltas a éste, no eres amigo del César" (Juan, 19, 12-15). El hábil golpe surtió el buscado efecto. Ante esta acusación y esta amenaza, tembló Pilato. Es cierto que, momentos antes, Jesús le había explicado: "Yo soy Rey, tú lo has dicho; pero mi reino no es de este mundo. Yo para eso nací, para dar testimonio de la verdad; por eso, todo el que pertenece a la verdad, escucha mi voz" (Juan, 18, 36-37). Pero, de todas maneras, algo había en aquella extraña realeza que no podía agrandar al César, y Pilato cedió, entregando a Jesús para que fuera crucificado. Dos poderes absolutos se hallan frente a frente: el divino de Cristo Jesús, que consiste en el dominio supremo de la verdad y en la suprema realeza de los principios eternos, por los que debe regirse la vida privada y pública de los hombres y de los pueblos, y el humano del César, dominador de individuos y de pueblos, a quien están sometidos todos los intereses de la tierra. Verdaderamente Jesús no quiere ser competidor del César: "Su reino no es de este mundo". Pero el César lo convierte en su rival y en su

enemigo, desde que proclama, tácita y explícitamente, su poder totalitario, invadiendo los dominios de la ley de Dios y la libertad de la conciencia humana. Esta es la verdadera razón de la condenación a muerte de Jesucristo. Es la reacción satánica de los poderes del mundo, que se resisten a atacar la divina realeza de Cristo, por considerar que ésta los limita y los coarta en su omnímoda expansión.

Y esta es también la razón por la que Cristo consiente en su condenación a muerte. El es el Rey universal de todas las criaturas, "no por la fuerza ni por ninguna otra razón, sino por su misma esencia y naturaleza", según se expresa san Cirilo de Alejandría, es decir, por la unión hipostática; pero también quiso serlo en especial de los hombres, por derecho de conquista. "Habéis sido redimidos, no con oro y plata corruptibles, sino con la preciosa sangre de Cristo" (1, 18-19) nos recuerda san Pedro en su primera epístola; y san Pablo, en su primera carta a los Corintios, saca como consecuencia: "No somos, pues, ya nuestros, puesto que Cristo nos ha comprado con el más alto precio" (6, 20). Toda la vida de los hombres, privada y pública, los individuos y la sociedad, están incluidos en esa gloriosa conquista, de tal manera que "no hay salvación en algún otro, ni ha sido dado debajo del cielo a los hombres otro nombre en el cual podamos ser salvos" (Hechos 4, 12). Esta es la tesis del sublime drama que se desarrolló en el Pretorio de Pilato, y cuyo desenlace trágico fue el camino de la Cruz.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús sale con la Cruz a cuestas.

"Tomó sobre sí nuestras flaquezas, y Dios cargó sobre él las culpas de todos nosotros" (Isaías, 53, 4-6)

Dictada la sentencia, Jesús sale hacia el lugar de su ejecución, el Calvario, cargado con el patíbulo. Un extraño adorno lleva sobre su cabeza: es la corona de espinas, que le pusieron por burla los soldados de Pilato, puesto que se dijo Rey. Los hombres, con sus pasiones y sus luchas, sirven, como instrumentos libres, pero inconscientes a veces, a los planes eternos de Dios. El tremendo drama desencadenado en la primera escena del camino de la Cruz, con su odio y su rencor religioso, con su recelo y su rivalidad política, con sus perfidias, sus cobardías, sus violencias y sus injusticias, desemboca ampliamente en el misterio de gloria y de miseria de nuestra divina salvación. La segunda estación es de una sobriedad elocuente, en contraste con la dramaticidad polémica y agitada de la primera. Ahora ya no nos interesa nada, sino Cristo sólo con su Cruz, sobre el fondo de luz de su divina realeza. Los hombres, sin saberlo, han puesto en movimiento los planes de Dios. El que va con la Cruz a cuestas, coronado de espinas, es el rey eterno del cielo y de la tierra. Todo le está sujeto desde la eternidad, y "por él han sido hechas todas las cosas" (Jn 1, 3). Pero ha tomado nuestra carne, haciéndose consorte de nuestra humana naturaleza, y siendo impecable, ha tomado sobre sí nuestros pecados, como si fueran suyos, para redimirnos de ellos, "borrando así el decreto de eterna condenación dictado contra el humano linaje" (Col, 2, 14), por causa de la prevaricación de nuestros primeros padres. Siglos y siglos, la humanidad vivió esperanzada en este día, en que una víctima pura, el Hombre-Dios, cordero sin mancha, se ofrecería al Padre Eterno, para expiación de nuestras culpas, en el único sacrificio aceptable y de valor infinito, del cual fueron

figuras todos los holocaustos. He aquí como lo vio, setecientos años antes, Isaías, el gran profeta del Mesías Redentor: "Crecerá –dice– a los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raíz en tierra árida. No es de aspecto bello ni esplendoroso como para atraer nuestras miradas. Vilipendiado y esquivado de los hombres y sin ningún valor a nuestros ojos. Nosotros lo creímos un leproso, un hombre herido por Dios y humillado, siendo así que, a causa nuestra, fue él llagado y despedazado por nuestras iniquidades... Fue ofrecido en sacrificio porque él mismo quiso, y no abrió su boca para quejarse, como el corderillo que está mudo delante de quien lo esquila... Quiso el Señor consumirle con trabajos; mas luego que él ofrezca su vida en expiación por el pecado, verá una descendencia larga... Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado" (Is, 53, 2-11). Esta es la miseria y la gloria de nuestra Redención. Luz celestial de Divina Realeza, y Cruz infamante de ignominiosa culpa. Envuelto en ambas va Cristo. La gloria es suya, porque él es el Rey. La miseria es nuestra. Pero él ha querido revestirse de ella y pagar su precio, para hacernos partícipes de su Eterna Gloria.

TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez.

"Desfallece mi carne y mi corazón. Con urgencia escúchame, Señor" (Salmos, 72 y 142)

Comienza en esta estación a palpase la penosa realidad del gran misterio. Salir animosamente, con la Cruz a cuestas, a redimir a los hombres, es un gesto valeroso de Rey conquistador; pero caer a los primeros pasos, vencido por la carga y la tarea, es un acuse de debilidad y de flaqueza, que pone en descubierto la humana condición del Rey, que dijo que "su reino no era de este mundo". El Hombre-Dios tiene conciencia de su divinidad, y siente, al mismo tiempo, la humillación de la humana flaqueza. El desaliento es visible en el rostro de Jesús, al mismo tiempo que se advierte en él la concentración de su espíritu, que, volviéndose en su interior, con humildad y confianza, a su Padre, le dirige la oración profética de David, en los salmos 72 y 142: "Desfallece mi carne y mi corazón. Con urgencia escúchame, Señor". Todo el camino de la Cruz irá descubriendo vigorosamente esta duplicidad desconcertante y admirable a la vez, como resultado de la unión hipostática de la humanidad y la divinidad en la persona de Cristo. Hijo de Dios por naturaleza, engendrado desde toda la eternidad, quiso tomar nuestra naturaleza humana, haciéndose como uno de nosotros, para poder padecer y morir y dar a esos padecimientos y esa muerte valor infinito. ¡Que grande y generoso aparece el amor de Jesucristo a los hombres de este misterio, por el cual él carga con nuestras culpas y asume nuestra responsabilidad! Porque no es la Redención el gesto magnánimo de un hombre rico, que paga generosamente por un deudor insolvente; ni tampoco es el acto heroico de quien, siendo inocente, se ofrece a morir en lugar de otro que es culpable. La redención es mucho más que todo eso. Es la actitud inaudita del Hijo de Dios, que, revistiéndose de la naturaleza humana, nola humilla con el gesto señorial de pagar por ella, ni la ensombrece y la anula con el acto magnánimo de morir en su lugar, sino que la dignifica y la eleva

asumiendo sus culpas como propias, mostrándose ante el mundo y ante su Eterno Padre como verdadero pecador, gracias a su condición divina, el justo precio de su sangre. Sólo el Amor Infinito pudo idear gesto tan delicado. El que va con la Cruz, es uno de nosotros, que nos está salvando. Y para que más y más le veamos así, he aquí que, con infinita misericordia, oculta su divina omnipotencia, y cae. No es que claudique la Divinidad, ni es un caer convencional el suyo. Es que, siendo Cristo verdadero Dios, es también verdadero hombre.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús encuentra a su Madre Santísima.

"Está destinado para ruina y resurrección de muchos... y para signo de contradicción; y una espada traspasará tu alma" (Lucas, 2 34-35)

La escena que se contempla en esta cuarta estación del camino de la Cruz, es de infinita ternura y emoción, y encierra un gran misterio de dolor. La madre del más perverso y criminal de los hombres no habría podido enfrentar el tremendo espectáculo de su hijo, llevado al supremo suplicio en tan inhumanas condiciones; pero la Madre Virgen, la Inmaculada, no quiso ahorrarse ese terrible dolor, que le estaba profetizado. Bien sabía ella de quién era madre, y bien sabía para qué aquel hijo suyo había nacido a la luz de este mundo. Por si no le bastaran las Sagradas Escrituras, que conocía perfectamente desde su niñez, las palabras del anciano Simeón la acabaron de ilustrar al respecto. He aquí cómo las refiere san Lucas, al narrar el hecho de la circuncisión del Niño Jesús y su presentación al templo: "Había a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. El Espíritu le había revelado que no habría de morir antes de ver al Cristo del Señor. Así vino inspirado de él al templo. Al entrar con el Niño Jesús sus padres para practicar con él lo prescrito por la Ley, tomándole Simeón en sus brazos, bendijo a Dios diciendo: "Ahora, Señor, despide a tu siervo, según lo prometiste, en paz. Porque vieron mis ojos la salvación que preparaste para todos los pueblos, luz para que vean los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel". Su padre y su madre se admiraban por las cosas que de él se decían. Simeón bendijo a entrambos, y dijo a María se Madre: "Mira, éste está destinado para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para ser signo de contradicción; y una espada traspasará tu misma alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos" (Lc 2, 25-35). Para ella y para nosotros, el "signo de contradicción" nunca estuvo más de manifiesto. Por la calle de la amargura van la compasión y el vilipendio, "el deseado de las naciones" y el "desecho de la plebe", "la gloria de Israel" y el "oprobio de su pueblo", la ignominia de un reo de muerte y la majestad de un Rey Eterno. ¡Desconcertante espectáculo! Por aquello suspiraron los Patriarcas; aquello era lo que anunciaron los Profetas; en aquello venía a terminar lo que celebraron los ángeles cuando su nacimiento en Belén. Ella sabía muy

bien que este habría de ser el fin; pero otra cosa era verlo, de pronto, hecho terrible realidad. Por eso, aunque serena y firme, como "mujer fuerte", sus ojos están llenos de asombro, y todo su cuerpo vibra al atravesar su corazón tan aguda espada de dolor. A su vista, Jesús parece encontrar un oasis en su pasión. El amor filial le llena el rostro de una beatitud inefable, y como para alentarla en su penar, lleva su Cruz, como si no le pesara, al pasar junto a su Madre. La ternura materna y la piedad filial componen en este cuadro un poema sublime, en el que, como en obsequio recíproco, ambos corazones parecen esforzarse por disimular su angustia y su dolor.

QUINTA ESTACIÓN

Jesús ayudado por el Cirineo

"Miré a mi alrededor y no había quién me prestara auxilio. Busqué y no encontré quién me ayudara"
(Isaías, 63, 5)

La quinta estación del camino de la Cruz pone de relieve una verdad profunda: La que se convierte en la doctrina católica sobre la cooperación de los hombres con Cristo en la obra de su propia salvación. El apóstol Santiago nos enseña que "la fe sin las obras está muerta" (2,17). La tesis, por consiguiente, de quienes afirman que, habiéndonos Cristo redimido él solo, por sus infinitos méritos, no nos queda a nosotros otra cosas que hacer sino creer en él, sin que sea necesario en absoluto nuestro personal esfuerzo, es perniciosa y falsa, al mismo tiempo que priva al hombre de una dignidad y una gloria, fruto del delicado amor de Jesucristo y de su divina Encarnación. El Verbo Eterno, que unió a su naturaleza divina la naturaleza humana para salvar a los hombres, el Rey que sale a conquistar su Reino, quiere asociar a sus vasallos, de cierto modo, a su obra, para que sean partícipes también de su triunfo. Es estolo que nos está diciendo este paso del camino de la Cruz. Temiendo los judíos que muriese Jesús en el camino, antes de llegar al Calvario, hicieron que los soldados requisaran a un tal Simón de Cirene, para que le ayudara a llevar la Cruz (Mc, 15, 21). Hombre vulgar éste, que, al parecer, iba o volvía de sus tareas habituales, no prestó, por lo visto, su ayuda espontáneamente, sino obligado por la fuerza pública. Esta falta de espontaneidad en acudir en su auxilio, esta falta de compasión por sus dolores a impulso del verdadero amor, es lo que lamenta Cristo, quien, por boca de Isaías, dice: "Miré a mi alrededor y no había quién me prestara auxilio. Busqué y no encontré quién me ayudara" (63, 5). Lo lamentó en aquella hora de su tremenda pasión, y lo lamenta a través del tiempo, ante la mezquindad del corazón humano, que no se mueve a seguir a Cristo por verdadero y sobrenatural amor, sino forzado, de cierto modo, por el temor y el interés. Con todo, Dios se muestra comprensivo de esta nuestra humana condición, y no sólo no la reprueba, sino que la estimula prometiendo por seguirle "el ciento por uno en esta vida, y después la vida eterna" (Mt, 19, 29) Mientras Jesús lleva con gran dignidad y serenidad su Cruz, el fornido Cornelio, al levantarla, parece realizar un gran esfuerzo. Es la figura fiel de lo que ocurre al hombre en el trabajo por seguir a Cristo, venciendo sus pasiones y practicando la virtud. Sólo, esa tarea es superior a sus humanas fuerzas; con Cristo y con su gracia, aún cuando sea tan delicado como una

doncella y tan débil como un niño, podrá alcanzar la altura de la santidad más eminente. ¿Quién ayuda, pues, a quién? En la realidad de las cosas, los papeles se invierten de admirable manera. El Cornelio ayuda a Jesús, y Jesús hace del Cornelio un fiel cristiano y padre de cristianos fervorosos como Alejandro y Rufo, que cita san Marcos (15, 21). El hombre colabora con Cristo en su obra de redención, en sí mismo y en los demás, como miembro de su Cuerpo Místico, y Cristo, con su gracia, hace del hombre una imagen suya, hijo de mismo Padre Celestial y coheredero de su Gloria.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuaga el rostro de Jesús.

"Varón de dolores, vilipendiado y esquivado por los hombres, como persona de la que se vuelve el rostro" (Isaías, 53, 3)

Un gesto valiente de auténtica piedad y de exquisita delicadeza femenina es el que tiene una mujer con el Señor, en su camino al Calvario. La tradición cristiana ha registrado ese gesto, y ha dado a esa mujer anónima un nombre, que recuerda el premio de su intrépida caridad: Verónica, del griego, "vero icono", o sea, "verdadera imagen" El horrendo retrato que, con visión profética, hiciera Isaías del Mesías Salvador, pasa viviente por la calle de la amargura, causando estupor y escándalo entre quienes lo contemplan. Una mujer hubo, entre aquella multitud infame de victimarios y sayones, entre aquel populacho vil, tornadizo y desagradecido, entre aquella aglomeración de gentes curiosas y desilusionadas ante el fracaso lamentable del taumaturgo famoso; una mujer, que sintió en su alma la iluminación de la fe, y en su corazón el impulso de la verdadera caridad; una mujer, que, afrontándolo todo y vencándolo todo, en aquel momento terrible de furia y de locura, se acercó al Señor, y, con su propio velo, le limpió el rostro asquerosamente sucio y horriblemente desfigurado. Bien puede comprenderse la gratitud inmensa de Jesús ante tan fino y delicado gesto. Y el Rey se muestra magnífico en su agradecimiento a la mujer intrépida y piadosa, dejándole, como recuerdo, su propio rostro estampado en aquel velo. Este es el premio grande que dará el Señor a quienes no se avergüencen de él y le sigan con fidelidad y perseverancia, y, a pesar de las adversidades, sepan siempre ver en él al Hijo de Dios, al Mesías, al Salvador, al Rey. De cada hombre conquistado por su doctrina y por su gracia, hará él un trasunto suyo, y cada cristiano será una figura de Cristo, en la medida en que imite, con valentía, con amor y con perseverancia, sus divinas virtudes.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez.

"Quiso el Señor conculcarlo en su flaqueza"(Isaías, 53, 3)

"Y fue hecho semejante a un hombre inválido" (Salmo, 87, 5)

De todas las escenas del camino de la Cruz, las que más desconciertan y producen en el ánimo más penosa impresión, son, sin duda alguna, las de las caídas. En todas las demás, el dolor es acervo, la acción dramática, las actitudes patéticas, los sentimientos mansos y tiernos; pero en las de las caídas, sobre todo, en esta segunda que contemplamos, el Rey magnífico, que se empeñó en empresa de tan grande aliento, está postrado y desfallecido, derrotado a media jornada, sin la bizarría del batallar esforzado, sin la gloria de un morir heroico; por eso, el ánimo de quien lo contempla se llena de desolación y de desconcierto. Pero el Rey no cae en vano. Vuelve a aflorar aquí, con vigor, el gran misterio de la unión hipostática. El que cae es verdaderamente Dios; pero la Divinidad está en él unida a la humanidad, flaca y endeble, cuyas debilidades no repugnan a su sabiduría ni a su gracia, --como lo enseña santo Tomás de Aquino-- él no contrajo en cuanto que son en la humana naturaleza consecuencias del pecado, puesto que era impecable, sino que las asumió voluntariamente, para poder padecer en ellas. El Rey que cae, Jesucristo, "cordero sin mancha", no es, ciertamente, reo de ninguna culpa; pero ha tomado sobre sí las nuestras para redimirlas, y se ha mostrado al Padre como cubierto de ellas; por eso, "quiso el Señor conculcarlo en su flaqueza", y "fue hecho semejante a un hombre inválido", según rezan los vigorosos textos de Isaías y de los Salmos.

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús consuela a las piadosas mujeres.

"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos". (Lucas, 23, 28)

La escena que representa esta octava estación, nos la refiere el evangelista san Lucas. Las mujeres de Jerusalén contemplan el paso de Jesús, con su Cruz a cuestas, hacia el monte Calvario, y lloran desoladamente al verlo tan llagado y desfigurado por los tormentos. No debió ser frecuente este espectáculo de lágrimas y de compasión, pues es el único en el que se detiene el evangelista y que provoca una respuesta de parte de Jesús. Éste, desde el trascendental diálogo con Pilato, no ha vuelto a desplegar sus labios; pero ahora se siente tocado en lo más íntimo de su ser. El Maestro de las grandes jornadas revive, y, sobreponiéndose a sus tremendos dolores, dice sentenciosamente a aquellas piadosas mujeres que lloran: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y dichosas las entrañas

que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Supultadnos. Pues, si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará?" (Lc, 23, 28-32). Como se ve, todo un discurso en pleno camino de la Cruz. Todo un discurso como todos los suyos, lleno de generosidad y de amorosa prevención. El es el "árbol verde", árbol de vida eterna. Nada podrán contra Él los embates enemigos. Ajado, recobrará su lozanía; cortado, retoñará; arrancado de raíz, volverá a nueva vida en la resurrección. Pero los que no viven de él, los que no participan de su vida, ¿cómo podrán resistir esos mismos embates, que seguramente les acometerán? Porque hay en las palabras de Jesús a las piadosas mujeres una alusión muy directa a los días aciagos que bien pronto vendrían sobre Jerusalén; pero hay también una alusión bien clara a lo que acontecerá a los hombres en su vida espiritual. La única vida verdadera y eterna es la suya: Vida que él ha recibido del Padre, como Unigénito engendrado desde toda la eternidad, y que él ha venido a comunicar a los hombres para que sean salvos. Para estar en la corriente de esa sobrenatural y divina comunicación, es preciso estar "injertados" (Rom, 6, 5) en él, que es "árbol verde". Sólo así será posible vencer en el combate de la vida, porque "no hay salvación para el hombre sino en Cristo" (Hch, 4, 12), y, para ir en pos de Cristo, no hay otro modo sino "tomar la propia cruz y seguirle" (Mt, 16, 24). ¿Todos lo verán y lo comprenderán así? ¿No habrá ciegos y pusilánimes? Ciertamente que sí. Esos son los que, al margen de la corriente de la vida sobrenatural que nos ha traído con su encarnación y con su muerte Jesucristo, permanecerán "leños secos". El incendio de las humanas pasiones hará pasto en ellos, y su desgracia es más digna de lágrimas que los propios dolores de Cristo.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez.

"Fue herido por nuestras iniquidades, pisoteado por nuestras culpas, y sus llagas nos han curado" (Isaías, 53, 5)

La tercera caída del Señor, en su camino al Calvario, renueva en grado sumo, la profunda enseñanza de las otras dos. El Hombre-Dios, el Maestro de Israel, el Rey "cuyo reino no es de este mundo", pero que tiene a este mundo "como escabel de sus pies", está postrado completamente y en estado de máxima humillación, tal como lo vio Jeremías: "Pondrá su boca en el polvo, y será saturado de oprobios" (Jr, 3, 29-30) El mismo acusa en su cuerpo y en su alma el dolor y el desaliento de esta total y profunda caída; por eso exclama, por boca de David, en el salmo 37: "Me han abandonado mis fuerzas... estoy del todo postrado". Y, con el mismo Rey Profeta, en el salmo 21, dirige a su Padre esta humilde queja, que repetirá de viva voz en la Cruz, y este triste lamento, que tiene toda la amargura de la derrota: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... Soy como agua derramada ... Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho de la plebe". La Cruz con su peso enorme, y los tormentos renovados, han hecho sucumbir al Rey magnífico. ¿Pero es él verdaderamente quien sucumbe? ¿Podríamos olvidar

nosotros, como en aquel momento parece que olvidaron todos, lo que de él estaba profetizado? Recordemos una vez más el claro texto de Isaías: "Verdaderamente, él tomó sobre sí nuestra flaqueza y cargó con nuestros dolores... Fue herido por nuestras iniquidades, pisoteado por nuestras culpas; a él le ha sido dada la humillación que debió ser para nosotros castigo saludable, y sus llagas nos han curado" (Is, 53, 4-5). Bien se comprende, pues, por qué la Cruz pesa tanto sobre los hombros de Cristo, como que llega a abatirlo contra el suelo. Bien se comprende cómo el Rey no está derrotado, sino que consiente en sufrir en su humanidad todo cuanto merecería de expiación y de castigo lo que él ha tomado sobre sí, siendo nuestro, para poder ofrecer al Padre, como Dios, una humillación de valor infinito y condignamente satisfactoria.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús despojado de sus vestiduras.

"Se repartieron mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes". (Salmo, 21,19)

El drama de la Pasión se acerca ya a su culminación trágica, y el paso que contemplamos es de gran significación e importancia. Las palabras de la profecía de David, que, directamente no hablan sino del reparto de los vestidos y del sorteo de la túnica de Jesús, cosas que históricamente ocurrieron después de la crucifixión; pero esto supone el hecho de la desnudación, que es lo que, en este paso del camino de la Cruz, se contempla, y ambos sucesos se relacionan entre sí de tal manera, que pueden unirse en una misma consideración. Jesús es despojado de sus pobres vestidos para así, libre de toda impedimento, ser clavado en la Cruz, levantado en alto y mostrado desnudo a la vista de todo el pueblo. Los soldados se reparten luego entre sí esos vestidos, como con derecho propio, en pago de su infame tarea. Pero una prenda hay, que ofrece dificultad para el reparto: es la túnica "inconsútil", o sea, sin costuras, tejida de una sola pieza, quizás por las hábiles y amorosas manos de su madre. Era una prenda clásica en el vestir masculino del pueblo hebreo en aquellos tiempos. Partirla para su distribución, era inutilizarla para todos; por eso, aquellos sayones optaron, con buen sentido, por sortearla entre ellos. Sin querer, y mientras pretenden tan sólo inferirle una soez injuria, los verdugos de Jesús realizan, al desnudarlo, una acción de la mayor trascendencia. El es el Verbo de Dios, Palabra de su mente, su pensamiento sustancial y eterno, que, así como nuestro pensamiento humano, verbo de nuestra mente, para hacerse sensible y comunicarse a los demás, adopta una envoltura material y se expresa mediante el sonido articulado, de una manera análoga, siendo él idea infinita, Espíritu purísimo como el Padre, por quien es engendrado desde toda la eternidad, adoptó, para hacerse sensible a los hombres y revelarles la Eterna Verdad del Padre, nuestra naturaleza humana; de suerte que, como dice san Pablo, "Habiéndonos Dios hablado por muchas veces y de muchos modos, en otro tiempo, por los profetas, últimamente nos ha hablado por su Hijo" (Heb, 1, 2). Nada hay más elocuente que la sola vista de la carne santísima del Hijo de Dios, con la que habló en Belén, recién nacido, a los pastores y a los magos, y con la que, estando muerto, sigue hablando desde la Cruz a todas las generaciones. Bien hacen aquellos infelices con no rasgar ni dividir la túnica "inconsútil" de Jesús. Esa túnica es el símbolo de la perfecta

unidad de la doctrina evangélica. No se puede dividir esta doctrina sin destruirla y volverla inepta para contener la Eterna Verdad, como no se podía dividir aquella túnica, sin convertirla en un trapo inútil, carente de todo interés.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús clavado en la Cruz.

"Conducido como oveja al matadero... perforaron mis manos y mis pies". (Isaías, 53 y Salmo 21)

Llegamos ya al desenlace cruelísimo y sangriento de la divina tragedia. Todo en la Pasión de Cristo es inhumano en grado superlativo; pero aquí la crueldad sobrepasa los límites de lo imaginable y de lo soportable, no sólo para quien la sufre, sino también para quien la contempla, a poco que tenga algo de sensibilidad humana y de buen corazón. Atravesar con gruesos clavos las manos y los pies de un cuerpo vivo y clavarlos a martillazos sobre dos vigas en cruz, es un suplicio tan terrible, que apenas si se concibe que alguien pueda soportarlo. Lo soportó, sin embargo, Jesucristo, con sublime entereza y con tal mansedumbre, que pareció verdaderamente, como lo vio Isaías, "una oveja conducida al matadero" y "un cordero que no abre su boca y enmudece ante quien le esquila" (Is, 53 7) Al verlo así, tendido, cara al cielo, sobre el patíbulo y clavado en él, se renueva en nuestro espíritu la visión del pesebre de Belén. Entre las pajas de aquella cuna y el leño de la Cruz, no hay sino una diferencia de grados: Aquellas eran de madera tierna para el cuerpo de niño; ésta es madera fuerte para el cuerpo de un hombre. El mismo es el estado de impotencia a que aparece reducida la omnipotencia Divina: allí, ligada por los pañales; aquí, aprehendida por los clavos. La misma es la mudez que sella los labios de Cristo: allí, por la infancia balbuciente; aquí, por la mansedumbre sufriente del Cordero Divino. Idéntico es el mensaje de Amor y de Verdad que se nos da, sin palabras, envuelto en la carne adorable del Hijo del Hombre; carne aquélla rosada y palpitante de vida nueva; carne ésta atormentada y lacerada, como la del pecho del pelícano, para darnos vida eterna. Y en uno y otro momento, resplandece a los ojos del cielo y de la tierra, en aquel Cuerpo Divino, la condición de hostia pura, ofrecida al Eterno Padre "voluntariamente", como se expresa Isaías, para aplacar su ira y pagar por nuestras iniquidades. "Por lo cual" --dice el Señor por boca del mismo Profeta-- "le daré como herencia suya una gran muchedumbre de naciones, y tendrá por botín los despojos de los fuertes"(Is, 53, 1); de suerte que no declina, sino que triunfa y resplandece, en su suplicio, su Divina Realeza. Alcanza, pues, aquí su realización plena un designio divino, libremente aceptado desde la eternidad, y libremente cumplido en el tiempo, con amor generoso y valor infinito, a cuyo cumplimiento corresponde en premio a quien es Rey de todo lo creado por generación eterna, el reinar sobre los hombres por derecho de conquista.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús levantado en la Cruz.

"Cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí". (Juan, 12, 32) "Decid a las naciones que ya reina el Señor" (Salmo, 95, 10)

Esta estación es de una fuerza admirable y de deliciosa belleza en sus vigorosos contrastes. Nos muestra una realidad física: Cristo sufriente en la Cruz; y una realidad mística: la Divina Realeza de Cristo, triunfante por la Cruz. Al pie de la Cruz, las serenas figuras de la Virgen, de San Juan y de la Magdalena, con sus ojos carnales cerrados, ven con los ojos del espíritu el triunfo que endulza su dolor, mientras que el centurión romano, con sus ojos abiertos, todavía no ve sino al hombre que sufre en la Cruz estertores de muerte. Clavado sobre el Patíbulo, Jesús es levantado en alto y mostrado en la Cruz a todo el pueblo, entre dos ladrones que con Él fueron también crucificados, "confundido con los facinerosos" (Is, 53, 12), como lo vio Isaías, y con la causa de su condena escrita sobre una tabla en tres idiomas, hebreo, griego y latín: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". La escribió o la mandó escribir, e l propio Pilato, que, al tomarse este desquite contra sus odiados instigadores, los jefes espirituales de aquel pueblo al que habían hecho gritar en su presencia: "¡No tenemos otro Rey más que el César!", vino a ser, burla burlando, el pregonero oficial de la realeza de Cristo. Si un artista quisiera representar la crucifixión del Señor en toda su horrenda realidad, produciría una obra que no podrían soportar los ojos ni el corazón. La Cruz no era sólo un instrumento de muerte, sino una manera de ajusticiar a un ex hombre, infiriéndole, al mismo tiempo, la mayor infamia y haciéndole sufrir el mayor tormento. Con razón Cicerón la llamó "cosa nefanda", y "el más cruel y tétrico suplicio". Jesús la sufrió en toda su tremenda realidad; pero, con su muerte en ella, la ennoblecíó, convirtiéndola en un lábaro de triunfo, en un símbolo de paz y de amor, de esperanza y de consuelo, y en su trono de gloria. Sentado en ella, como en su cátedra, está el Maestro de los hombres. Subido a ella, como a su altar, está el Sumo Eterno Sacerdote. Instalado en ella, como en su trono, está el Rey inmortal de los siglos, el Rey de la Eterna Verdad, Rey del Cielo y de la Tierra, dando el supremo testimonio de su Divina Realeza. Inútilmente le dirán en son de burla: "si eres el Cristo, el Rey de Israel desciende de la Cruz", (Mc, 16, 32). Tanto importaba invitarlo a que renunciara, en aquel instante supremo, al fin logrado de su Encarnación misma. "Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la Verdad" (Jn 18, 37), había dicho él, pocas horas antes, a Pilato, y agregó entonces esto otro: "Todo aquel que es de la Verdad escucha mi Voz". (Jn, 18, 37). Bien sabía él la sed de verdad que embarga a los hombres, a quienes perdió el que es llamado, por antonomasia, "padre de la mentira"; por eso pudo anunciar, en vida, proféticamente: "Cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí" (Lc, 12, 32). Los hombres apetecen y buscan la verdad, como el pan el hambriento, como el agua el sediento, y su gran tragedia consiste en haber creído hallarla en quienes se la han mentido. Uno solo, sin embargo, ha amado de verdad a los hombres, como que dio su vida por salvarlos: Cristo. Uno solo ha dicho la verdad a los hombres, como que Él mismo es la Verdad Sustancial y Eterna que bajó del Cielo: Cristo. Uno solo ha enseñado a los hombres la verdadera justicia y el verdadero amor: Cristo. uno solo ha traído a los hombres la verdadera libertad, la libertad sublime de los hijos de Dios: Cristo. Por eso su cuerpo

Santísimo enarbolado en la Cruz, es bandera de gloria para todos los hombres que, porque "son de la Verdad y escuchan su voz" oponen al grito apóstata: "No queremos que Éste reine sobre nosotros"(Lc, 19, 14.), el grito fiel que resuena en el mundo desde hace veinte siglos: "¡No queremos otro Rey, sino Cristo!". Este grito es el que oyó, y aquella bandera es la que vio David, cuando con exaltación y gozo, dijo en el Salmo 95: "Decid a las naciones que ya reina el Señor", y esta misma es la versión triunfal que mueve a la Iglesia a exclamar en su Liturgia: "Regnabit a ligno Deus!": "¡Reinó Dios desde la Cruz!"

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús muerto en los brazos de su Madre.

"¿A quién te compararé, oh virgen hija de Sión? Grande es como el mar tu amargura". (Jeremías, 2, 13)

La penúltima estación del camino de la Cruz está inspirada en los más profundos sentimientos de desolación y de ternura. La figura central en este cuadro es la Virgen María. Muerto el Señor, el alma cristiana se vuelve espontáneamente hacia la que Jesús mismo, en su agonía, nos dejó por Madre. Hay en el corazón un instintivo deseo de consolarla. Hay en la conciencia una necesidad incontenible de disculparse con ella, por ser nosotros la causa última de su desolación. Muerto Jesús, después de tres horas de agonía en la Cruz, los escribas y fariseos sintieron prisa por quitarse de allí su cadáver, lo mismo que los de los otros dos ajusticiados, pues el día siguiente era sábado muy solemne. Pidieron, pues, a Pilato que se les practicara a los tres el "crurifragio", especie de golpe de gracia, que consistía en quebrar las piernas a los crucificados, para precipitar su muerte. El soldado encargado de la tarea hizo lo así con los dos hombres, pero, en llegando a Jesús, viendo que ya estaba muerto, consideró inútil el "crurifragio" y se contentó con atravesarle el costado con su lanza, brotando de la herida sangre y agua. San Juan, que es quien refiere este significativo hecho, lo comenta diciendo: "Estas cosas ocurrieron para que se cumpliera la Escritura (que dice): "No será quebrado en él hueso alguno", y además otra Escritura (que dice): "Mirarán al que traspasaron" (Jn, 19, 31-37). Todo estaba, pues, terminado, y José de Arimatea, hombre justo y principal, valientemente se presentó a Pilato, pidiéndole el cadáver de Jesús para sepultarlo. Compró aromas y una sábana nueva para su mortaja, y ayudado por Nicodemo, otro varón principal, amigo y discípulo de Jesús, bien que, como él, oculto por miedo a los judíos, bajó de la Cruz el Santísimo Cuerpo, y piadosamente lo puso en los brazos de su Madre. Quedaba así cerrado el ciclo admirable de un inefable misterio, por el cual una criatura humana, la Virgen María, fue íntimamente asociada a nuestra Redención, viniendo a ser en verdad nuestra corredentora. En el seno de esa Virgen puso el Espíritu Santo el cuerpo de Jesús el Salvador bajado del Cielo, que de ella nació. En los brazos de esa Virgen fue puesto, muerto, el cuerpo de Jesús, el Redentor, bajado de la Cruz, que ella nos dio. Vienen a la memoria los inspirados versos del himno eucarístico de Santo Tomás: "Nobis datus, nobis natus, ex intacta Virgine": "Nos fue dado y nos nació de una Virgen sin mancilla". En esta escena del camino de la Cruz, lo mismo que en el Pesebre de Belén, entra como por los ojos la verdad teológica de que la Virgen María, que tuvo en su seno y tiene aquí en sus brazos, para

darlo a los hombres, al autor de la Gracia, es, entre Dios y los hombres, la Medianera de todas las Gracias. Jesús muerto en los brazos de su Madre es una escena que habla mucho a nuestra inteligencia, pero habla más aún a nuestro corazón. Al dolor inmenso, a la amargura y desolación de la Virgen sin mancha, la Madre augusta del Mesías, del Redentor, del Rey, bien pueden aplicarse, como por alegoría profética, las palabras de lamento y de asombro que pronunció Jeremías ante Jerusalén desierta, sentado sobre sus ruinas: "¿A quién te compararé, oh virgen hija de Sión? Grande es como el mar tu amargura" (Jr, 2, 13). Ponderación que la propia doliente confirma con las palabras que el mismo Jeremías puso en boca de la ciudad destruida: "¡Oh vosotros cuantos pasáis por el camino! considerad y ved si hay dolor semejante a mi dolor" (Jr, 1, 12.) Entre tanto, el Reino está ya conquistado, y el símbolo de la Divina Realeza queda fijado en la Cruz, a la que, desde ahora y por los siglos, se asocian los resplandores de su triunfo.

DECIMACUARTA ESTACIÓN

Jesús puesto en el Sepulcro.

"Lo invocarán las naciones, y su sepulcro será glorioso". (Isaías, 12, 10)

Con cien libras de una mezcla aromática de mirra y áloe, comprada ex profeso por el piadoso José de Arimatea, fue ungido el cuerpo inerte de Jesús; y amortajado conforme a la usanza judía con la sábana nueva adquirida por el mismo preclaro varón, fue puesto en el sepulcro que éste tenía, sin estrenar aún, cavado en la piedra viva. Sepulcro de hombre rico. Ungüento y mortaja de persona principal. La Realeza de Jesús queda velada a nuestros ojos. Ahora, para "verla", hay que mirar a la Cruz. Pero su resplandor, en cambio, ese resplandor divino, que en Jesús muerto y sepultado sólo puede verse con la fe, brota ahora del sepulcro mismo, puesto que, encerrada en él, está la divinidad, unida a aquel cuerpo muerto, que es cuerpo de Cristo. La muerte no destruyó, en modo alguno, el inefable misterio de la unión hipostática. Nadie comprendió en aquella hora cómo era que había triunfado definitivamente el Rey que tan ignominiosamente acababa de morir. Pero el misterio de este triunfo lo presentían las almas piadosas, de fe viva y de esperanza firme, por eso extremaron los honoríficos cuidados de aquel sepelio, y lo temían las almas pérfidas, llenas de odio impecable, por eso extremaron los recaudos en torno de aquel sepulcro. -- "Señor, --dijeron a Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos-- nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día: porque no vayan quizá sus discípulos y le hurten, y digan a la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero. Respondióles Pilato: Ahí tenéis la guardia, id y ponedla como os plazca. Con eso, yendo allá, aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardias" (Mt, 27, 63-66). Lo que sobrevino al tercer día, es lo que san Pablo pone como fundamento de nuestra Fe. "Es vana vuestra fe--

nos dice-- si Cristo no ha resucitado". (1Cor, 25, 17) Pero resucitó verdaderamente, y los primeros e insospechados testigos del milagro fueron aquellos mismos guardias, puestos por sus enemigos para prevenir el fraude. Desde entonces, hasta ahora y hasta el final de los siglos, el anuncio profético de Isaías que dijo: "Lo invocarán las naciones, y su sepulcro será glorioso" (Is, 11, 10), ha tenido y tendrá el más fiel cumplimiento. No hay gloria entre los hombres, que pueda compararse con la gloria de ese sepulcro, del que mana, como de un poderosísimo surgente, la luz divina de nuestra fe y de nuestra civilización. Inundados en ella, los hombres y las naciones aclaman a Cristo y lo invocan como a su Redentor. Él les ha dado su ley de amor, su doctrina, su Evangelio. Él los ha hecho libres y hermanos. Sólo en Él se encuentra la paz y la felicidad. Su divino Reinado ennoblece a la tierra, resuena con exaltación triunfal el grito de "¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!"

Padre Antonio Diaz Tortajada